

El plurilingüismo de las letras catalanas

Julia BUTIÑÁ JIMÉNEZ

RÉSUMÉ

Dès la perspective des études sur la conscience linguistique, on a suivi les occasions où les textes littéraires catalans offraient situations de plusieurs langues. On a parti de son riche Moyen Âge, regardant avec spécial intérêt les situations où le fait de s'exprimer en différentes langues était normalisé (langue franche méditerranéenne...); par exemple, dans les chroniques. Puis, à grands traits, on a fait la suite dans les lettres modernes.

Comme conclusions, on peut voir que la littérature catalane aujourd'hui joue pleinement dans le concert des lettres occidentales, mais que, en se remettant à son étape médiévale, se détache singulièrement en deux moments, au siècle XIV: à cause de Raymond Lull et son attitude de dialogue culturel et de promotion des études des langues; et aussi avec Bernat Metge parce qu'il a utilisé le dialogue comme genre littéraire dans la plus exigeante dimension humaniste, conçue comme mentalité et comme langage littéraire.

Mots clefs: Littérature catalane médiévale, Historiographie catalane, Humanisme, Raymond Lull, Romans de chevalerie catalane.

El tema de los intercambios lingüísticos y literarios, que preside este Seminario, se tratará a través de los textos catalanes desde enfoques preferentemente lingüísticos, partiendo de las grandes áreas de contacto de esta lengua: la aragonesa, la castellana, la francesa y la provenzal; desde el punto de vista lingüístico, pues, el panorama está cubierto. Voy a dar sólo, por tanto, un contrapunto literario, refiriéndome a un hecho amplio que afecta al panorama general de estas letras: el plurilingüismo.

Este enfoque, de todos modos, en cualquier literatura es inmenso y se puede abordar desde los autores, las obras, las influencias...: en nuestro caso, en las letras catalanas, en un sentido cronológico, podemos tratarlo desde la relación provenzal, en el proceso de irse desgajando de esta lengua poética, hasta la influencia arrolladora de los esquemas anglosajones en nuestros días, principalmente a través del filtro de Estados Unidos y su cultura de la imagen.

Además, el concepto fronterizo de intercambio que aquí se contempla afecta a la perspectiva geográfica, la religiosa o la cultural, por ejemplo, que inciden a su vez en los hechos literarios. Tanto en la línea diacrónica como en la sincrónica podríamos planificar una enciclopedia.

Y no sólo esto sino que además disponemos de bastante información; concretamente hemos hecho ya el rastreo sistemático de esa pista en los textos catalanes, dentro del Proyecto de Investigación dirigido por la profesora Emma Martinell de la Universidad de Barcelona: *La adquisición de la conciencia lingüística europea: el contacto entre hablantes de lenguas europeas y los de lenguas no europeas*. Pueden consultarse al respecto las obras que se derivan del mismo, tanto libros de ameno contenido, como todo el corpus de aquella documentación (Martinell, 1996 y 2000).

Por ello, dado que este enfoque es un poco inconmensurable en toda Literatura, inevitablemente para acotar el tema me veo forzada al planteamiento personal, aunque procuraré en la máxima medida un tratamiento científico, así como también la mayor finalidad de utilidad dentro de este tan vasto como rico contexto de estudio. Enfoque para el que propuse un título asimismo amplio y no un aspecto particularista, más propio de un Congreso de especialidades.

Comenzaremos y nos centraremos en gran parte en la Edad Media, pues en lo que a fronteras se refiere nos dejó unos referentes, no sólo válidos sino en gran medida aún por explotar. Aunque, de todos modos, haremos un *zapping* por las etapas posteriores hasta llegar a nuestros días; desde donde —como suelo hacer—, volveré a remitir a nuestra antigüedad. En cada uno de estos dos puntos, haremos conclusiones o reflexiones, siempre eventuales y a modo de propuesta.

En primer lugar, del caudal medieval vamos a seleccionar cuatro muestras representativas de plurilingüismo. Que cabe tener presente que tratamos desde los textos, pues de hecho —el tema ya está estudiado principalmente por Robert Burns— los grupos sociales eran estancos y no se daba el bilingüismo.

En primer lugar, la historiografía. Las llamadas cuatro grandes crónicas recogen ya una realidad plurilingüe. La primera, la del rey Jaime el Conquistador, con su prurito de vivacidad y realismo, refleja este pluralismo en el mismo texto, en las conversaciones que reproduce, lo que ha dado pie a ricos estudios lingüísticos, que, entre otras cosas, han servido para confirmar la autoría del rey y su carácter autobiográfico.

Veámoslo en una ocasión, cuando su nieto, el infante don Sancho, hijo de Alfonso X, le muestra su adhesión en cuanto al consejo relativo a armarse caballero por su padre, rechazando que su hermano fuera el padrino, y cómo se pretende recoger, como si se tratara de una cinta magnetofónica:

«I es trobava a la nostra vora don Sanxo, i li diguérem a l'orella que no ho fes per res; i ell digué que faria el que NÓS li aconsellàssem. I NÓS preguntàrem a don Sanxo davant de tots:

—Don Sanxo, ¿vós voleu ser fet cavaller per don Ferrando?

I ell digué:

—*Avuelo, lo que vos en querees, en quero yo.*

I NÓS diguérem:

—*Doncs NÓS queremos açò: que vos que prendades caballería de vostre padre y no d'otro omne.*

I ell digué:

—*Senior, plaçme e fer-lo he como vos queraes e como vos consylades»* (capítulo 495).

En estas memorias, conocidas como el *Libro de las gestas de Jaime I*, vemos aparecer giros franceses en boca del maestre del Hospital, Uch de Muntlaur, que era francés, occitanismos en el cónsul de Montpellier y el habla mozárabe cuando intervienen los moros de Peñíscola.

Si bien de un modo menos acusado, lo apreciamos también en las otras crónicas con bastante frecuencia; por ejemplo, para explicar un vocablo, dice Muntaner:

«E per veritat que ells no m'apellaven mas lo *catà*, qui vol aitant dir, en turquesc, com lo 'pare'» (capítulo 233).

O bien, en la de Desclot, se reseñan galicismos en momentos solemnes, como en la rendición del rey de Francia, en que se mimetiza la pronunciación:

«*Beils* senior! ¡Assí és lo príncep qui *s rent* a vós e al rei d'Aragó!» (capítulo 128).

También se dan en ocasiones con sesgo burlesco, como ocurre a menudo en la de Muntaner al emplear la designación de «lo rei del *xapeau*», lo que posiblemente responde a un apodo popular para aludir al hijo de Felipe el Atrevido, el príncipe Carlos, que había sido coronado como rey de Aragón por el legado pontificio.

Hay que valorar estos incisos pues es sabido que en cuanto a comunicación, dada la importancia que en el Medioevo tiene lo visual, se explicaban preferentemente por medio de la imagen, como señal semiótica más universal y sustitutoria de las barreras lingüísticas; lo muestran bien las escenas historiadas murales así como la misma Heráldica. Y en el supuesto de que se dé la comunicación verbal, era normal no acusar los desfases lingüísticos, pues muchas veces a lo sumo se indica que alguien se expresa en *son llatí* —es decir, su habla—, y se vierte su conversación en la lengua del autor.

Sin embargo, las crónicas son una mina riquísima de situaciones de convivencia de lenguas y registran a menudo la concreción lingüística. Así, indicando que da lugar a colocaciones, a un judío le vale saber árabe:

«N'Astruch, jueu damunt dit, qui era trujaman» (Jaime I, capítulo 437).

Y a veces se reseña que sabe lenguas (*sabia greguesc...*). Así dice Muntaner valorándolo que, gracias a ello, podrá desenvolverse sin intérprete, tanto en casos de espionaje como en otras cosas:

«sabets de sarrains e parlar sarrainesc, per què podets fer vostres afers menys de torsimany, així en spies con en altres coses, en la illa de Gerba» (capítulo 251).

También se anotan ocasiones curiosas, propias de comedias de enredo, por medio de la observación oculta, en la que juegan las diferentes lenguas:

«don-nós lo Rei un hom encobert, e quan ell venrà parlar ab l'alcaid et ab nos, a l'eixir porà'l veer, que negun home no hi venrà menys de voluntat de son senyor; o si us volets, metrem-lo dins una cortina o en un lloc amagat, e oirà com parlarà ab nós, e puis coneixerà lo Rei que nós li deim veritat» (Jaime I, capítulo 325).

Asimismo las crónicas son testimonio de situaciones que hoy denominaríamos sociolingüísticas. Vemos que la de Muntaner distingue el hecho lingüístico del político:

«en Castella ha moltes províncies qui cascun parla son llenguatge, qui són així departits com catalans d'aragoneses. E si ben catalans e aragoneses són d'un senyor, la llengua no és una ans és molt departida. E així mateix trobarets en França, e en Anglaterra, e en Alemanyia, e per tota Itàlia e per tota Romania ... E així mateix de les altres províncies del món» (capítulo 29).

Muntaner también es consciente del poder de la lengua, por lo que recoge cómo en el ordenamiento de Sicilia el rey Pedro mezclaba italianos, catalanes y aragoneses, cosa que responde a distintas motivaciones. Veamos primero en un sentido aglutinador:

«E a cascuns dels llatins rics-hòmens e cavallers de Sicília ell donà e departí oficis, ab los catalans e aragoneses ensems; així que, en cascun ofici metia un català, e un aragonès e un llatí. Açò faïa ell per ço que s'acostumassen los uns ab los altres, e que amor e amistat cresqués entre ells» (capítulo 75).

O bien, en la misma crónica, se aprecia la selección lingüística desde la vertiente de la prudencia, al encomendar el rey que armen un barco sólo con catalanes de confianza con ocasión de una misión muy delicada, la de ser su séquito y simular una ruta falsa:

«armar n'hets quatre, totes de bones gents de catalans, que sol un llatí no hi haja, ne null hom d'altra llengua» (capítulo 76).

También se especifica esta selección cuando exhorta a Roger de Lauria a que, para la formación del ejército, aplique los soldados a diferentes tareas según sus lenguas, a efectos del mejor entendimiento:

«Almirall, tantost armats vint-e-cinc galees, e armats-les així: que en cascuna haja un còmit català e altre llatí, e tres notxers catalans e tres llatins, e així mateix de proers, e los remers sien tots llatins, e los ballesters catalans... e per res no ho mudets» (capítulo 76).

En esta crónica además se nos aclara otra razón importante de estas agrupaciones, pues aunque el frente enemigo fuera común, se daban de hecho importantes disensiones armadas en el mismo bando. Damos una cita en la que, de todos modos, la cifra parece delatar una exageración por parte del cronista:

«a Tèrmens moc-se una brega entre llatins, e proençals e franceses, tan gran que hi moriren tota hora més de tres milia persones» (capítulo 197).

Detectamos también preciosos malos entendidos: en la de Jaime I por confundir un francés *tour* ‘torre’ con *turc* ‘turco’, cosa que rectifica el rey a su interlocutor, el maestro de los templarios (capítulo 199). O bien Desclot recoge con cierta comicidad que cuando Roger de Lauria hunde la flota francesa y les avisan, aquéllos tardan en reaccionar por no entender que se hundían:

—¡Aquesta galea és esfondrada!

Los cavallers francès qui eren en la galea ab lo príncep no entenien què's vulia dir «esfondrar», mas quant viuren los mariners gitar en la mar e la galea qui ficà la proa sots aygua, meseren-se desots en la popa de la galea» (capítulo 127).

De todos modos, en las referencias a las gentes de diversas zonas de la Península se hace más alusión al origen que a la diferenciación lingüística, dando a entender que, al igual que ocurre con otras lenguas romances, se entendían sin problemas. Se desprende del siguiente comentario de Mun-taner:

«tots los castellans, e gallegos, a altres gents moltes que hi havia, se'n meravellaven» (capítulo 177).

Cabe añadir que no he hallado alusiones a la dificultad del euskera, aún habiendo contactos efectivos, como en el caso de una nave portuguesa apresada por vizcaínos, ocasión en la que interviene Martín I dirigiéndose al rey de Portugal (referencia que recogemos del Apéndice de la edición de las obras de Bernat Metge, a cargo del Dr. Riquer, 1959, pp. *205-206).

Quizás —sólo quizás— pudiéramos interpretar en aquella línea una imagen poética de Ausiàs March —ya del siglo xv—, en que para expresar una situación límite de incomprensión, da la de un vasco en Alemania:

«Lo viscaí qui es troba en Alemanyà,
paralític, que no pot senyalar,
si és malalt, remei no li pot dar
metge del món si doncs no és d'Espanya,
qui del seu mal haurà més coneixença
i entendrà millor sa qualitat» (poema 101).

Pero hay que tener en cuenta que la comparación radica en la ubicación extraña y extrema, más que en la lejanía de la lengua.

De hecho y lo que las hacía inteligibles entre sí es que eran «lenguas cristianas», como bien aclara un pasaje de la crónica de Desclot:

«E allí havían francesos e picarts, tolosans e lombarts, brotons e flamenchs, burgüions e alamanys, prohensals, e anglesos e guascons, e quaix de totes les lenguas de christians» (capítulo 131).

En fin, las cuatro crónicas son una mina desde el punto de vista lingüístico, que sólo hemos hecho que apuntar de modo anecdótico. Pero veamos por último las versiones de un topónimo en Muntaner, porque nos dan un dato interesante:

«la ciutat d'Èfesso, qui d'altrament se diu Teòloco en greguesc, e nosaltres, francs, li deïm Altoloc» (capítulo 207).

Pues ha aludido a la lengua franca, que era una especie de lengua común utilizada en esta época —siglos XIII-XIV— en el Mediterráneo.

En segundo lugar, dentro de las letras medievales, nos vamos a referir a una obra, el *Blanquerna* de Lull, escrita alrededor de 1283, que recoge claramente la ambivalencia que se daba desde el punto de vista lingüístico respecto al latín.

Es sabido que Lull basa su apostolado en la enseñanza de lenguas; ello se debe a que atribuye el fracaso de los cristianos a la falta de conocimientos lingüísticos. Tal opinión es clave a lo largo de toda la obra lulliana desde los inicios hasta su último diálogo en latín, el *Phantasticus*, pues si no se hace posible la comunicación son inútiles los intentos de cruzadas; de aquí que devoción e interés por aprender lenguas vayan de la mano. Así dice en ese último diálogo que con sarracenos, tártaros y otros infieles se ha conseguido poco porque

«Els frares que van a aquells indrets no coneixen les llengües dels infidels i per això hi van de manera desordenada; si, en canvi, aprenguessin els seus idiomes en terra de cristians, aleshores podrien emprendre el camí ordenadament i donar un fruit multiplicat» (trad. de L. Badía).

Es pura lógica.

Y, de este modo, en una obra utópica como es *Blanquerna*, en la que el protagonista así denominado va arreglando el mundo en todos sus estadios,

narra cómo un rey modélico organiza un centro de estudio de lenguas, donde aquel aprendizaje es previo a desplazarse para enseñar la doctrina:

«Aquell rei és be acostumat e ha devoció (...) e per açò ha ordenat que tretze frares menors estudien en aràbic en un monestir apellat Miramar, apartat, assegut en lloc covinable, e ha'ls proveïts a llurs necessitats; e com sabran l'aràbic, que vagen honrar, per llicència de llur general, lo fruit de nostra Dona» (capítulo 65).

Es decir, después, cuando estén preparados desde el punto de vista de las lenguas, podrán ir a predicar. Hasta tal punto se hace gráfico que, en aquella novela, el mismo obispo renunció al obispado y fue a la escuela de árabe.

Blanquerna, la figura idealizada de comportamiento, cuando llega a Papa, también aboga por la misma actitud, que quizás podríamos considerar como precedente de las políticas lingüísticas:

«Lo sant pare apostoli dix als dos maestres (...) que aprenguessen diverses llenguatges, e que anassen als reis e als prínceps infeels per arramir un cavaller altre per fet d'armes o per ciència, a mantenir l'honor e la veritat qui es cové a la valor qui és en la santa fe catòlica» (capítulo 80).

A lo largo del *Blanquerna*, se obtienen datos de gran interés, como el recientemente citado de que el desafío de la verdad religiosa se haga por armas o por ciencia; o bien, en el mismo capítulo recién referido, que en la enseñanza intervengan nativos de las lenguas que se aprenden y sobre todo que el hecho del conocimiento y comunicación lingüística sea sí mismo un bien:

«manament fo fet de part de l'apostoli al bisbe que precuràs tots anys cinquanta tartres e deu frares que l'apostoli trametia en aquell bisbat per ço que els tartres mostrassen llur llenguatge als frares, e los frares lo llur als tartres, segons que era ordenat en cort».

De este modo, aquel Santo Padre establece operaciones tácticas en los lugares de contacto lingüístico, con avanzadillas a modo de las militares, y asienta los monasterios en lugares fronterizos:

«enaixí com lo príncep qui guerreja ab altre príncep a manera com met frontalers per los estrems de ses terres, que enaixí fossen fets monestirs per les terres dels crestians qui participen ab los infeels, e que segons

que és lo llenguatge d'aquelles gents, aprenen llur llenguatge e que participen ab ells e los preïquen» (capítulo 85).

Con tales medios, en la novela se dejará constancia de cómo se consiguen conversiones espectaculares de tártaros, judíos y sarracenos.

Ahora bien, Blanquerna, cuando es Sumo Pontífice, advierte también que lo mejor es una lengua sola y propone el latín, lo que puede parecer antitético con la devoción expresada hacia la pluralidad lingüística:

«Esdevenc-se que un missatge (...) tramès missatge al cardenal, que per desvariació de llenguatges s'embargava la preïcació (...) recomptà que grans treballs havia en lo món atrobats entre les gents, per ço cor eren de diverses nacions, havent diverses llenguatges; per la qual diversitat de llenguatges guerrejaven los uns ab los altres, per la qual guerra e llenguatges se desvariaven en creences e en sectes los uns contra els altres. Molt cogità l'apostoli en los dos missatges damunt dits, e ajustà tots los cardenals, als quals demanà quin consell poria ésser pres a destruir la diversitat dels llenguatges, ni a qual llenguatge seria millor que hom faés convenir totes les gents en general per tal que s'entenessen e s'amassen, e que a servir a Déu se convenguessen» (capítulo 94).

Así pues, para destruir la diversidad de lenguas, a fin de que las gentes se entendiesen y amasen y aunasen en amar a Dios, se da la solución del latín como lengua universal, según sigue en el mismo capítulo:

«Respòs un cardenal: (...) per cada província sia una ciutat en la qual sia parlat llatí per uns e per altres; cor llatí és lo pus general llenguatge, e en llatí ha moltes paraules d'altres llenguatges, e en llatí són nostres llibres. (...) —dix l'apostoli als cardenals—: per la passió de Jesucrist a honrar, vos requir que m'ajudets a tractar com tots los llenguatges qui són puscam tornar a un tan solament; cor si no és mas un llenguatge, seran les gents entenents los uns ab los altres, e per l'ententiment, amar s'han e pendran-ne mills semblants costumes en les quals se concordaran».

Para el filósofo y apóstol, pues, las lenguas son tanto el origen de todas las disensiones como un fin prioritario su aprendizaje para el apostolado. La diversidad lingüística es ambivalente; lo único que computa es la disposición anímica hacia la unidad, entendiendo que el verdadero obstáculo para la comprensión, más allá de la diferenciación lingüística, era una cuestión

de actitudes; puesto que la fusión de las lenguas tiene que llevar a la estima y adquisición de costumbres parecidas. Es decir, todo aquel ingente esfuerzo lingüístico que se proponía era al fin y al cabo de acercamiento; como lo era cuando escribía en catalán para el pueblo, en latín para la curia papal o en árabe para los sarracenos.

No extrañará que sea también en una obra lulliana, el *Libre del gentil e los tres savis*, donde se advierta por primera vez en catalán la necesidad del cambio a las lenguas vernáculas para tratar de materias graves, ya que el pueblo no entendía el latín. Según Llull, si escribe para hombres llanos se ha de expresar con vocablos llanos, más aún cuando la ciencia trata conceptos oscuros de por sí:

«Cada ciència a mester els vocables pels quals sia manifestada. E com a questa ciència demostrativa sien mester vocables escurs e que els homes lecs no han en ús; e com nos fassam aquest libre per als homes lecs, per açò breument e ab plans vocables parlarem d'esta ciència (...) car injúria seria feta a aquesta ciència e a aquesta art, si no era demostrada ab los vocables que li covenen, e no era significada ab les subtils raons per les quals mills es demostrada» (prólogo).

Criterios muy cercanos a los que mantendrá poco después Dante en su famosa defensa de las lenguas vulgares del *Convivio*. De este modo, con el catalán, recientemente plasmado y todavía no frecuentado en poesía, Llull construye las más audaces construcciones literarias, filosóficas, teológicas, místicas y científicas.

De la tercera cala medieval, los relatos breves, vamos a dar una pequeñísima relación de los casos que juzgamos más curiosos. Una obra muy llamativa en cuanto al concepto de frontera es la de Turmeda, el fraile renegado que escribe obras en árabe y en catalán, con contenidos que contentan alternativamente a ambas orillas. También es muy curiosa la *Història de Jacob Xalabín*, obra de ficción en catalán pero que tiene lugar en Turquía y cuyo mundo lejano se presenta como si fuese familiar, transparentando sólo algún calco lingüístico.

Cabe recordar en el capítulo de la literatura de viajes, el relato de Ramon de Perellós a tierras irlandesas, entonces territorios salvajes, cuyas fuentes ha revelado recientemente el profesor Juan Ribera, y donde abundan las referencias pluriculturales.

Y finalmente citamos el relato de aventuras *La Faula* de Guillem de Torroella, cuyos personajes, con mucha lógica, hablan francés cuando aluden a hechos artúricos propios de la narrativa francesa.

Mayor envergadura, sin embargo, presenta el último punto medieval, la novela. Pues en una espiral ascendente, en las novelas caballerescas de mediados del siglo xv, el *Tirant lo Blanc* o el *Curial e Güelfa*, hemos llegado a obras fértiles en situaciones de contacto lingüístico y cultural. En ellas, por un lado, los caballeros literarios se pasean por toda la Europa civilizada sin acusar problemática lingüística ninguna, lo cual responde a una realidad de la época, pues es normal que se recurra al francés, especialmente en los combates caballerescos.

Ahora bien, por otro lado, aquellos novelistas, que emplean la lengua como objeto artístico y el rasgo lingüístico como recurso literario de realismo, están ya muy atentos a las lenguas que usan sus héroes y son sensibles a la hora de reproducir aspecto tan sutil. Así vemos alrededor de *Tirant lo Blanch* a mujeres cultas griegas que alardean de entender francés cerrado; que la princesa griega y la reina de Etiopía conversan en latín o a una joven cristiana que habla árabe con mucha gracia. O también en el *Curial*, los personajes se reconocen por el acento, y el caballero, que valora tanto el estudio, demuestra saber árabe, latín, francés e italiano.

Estas obras, de alta complejidad cultural, constatan un aspecto que habíamos visto ya: la gran barrera en toda la Edad Media occidental no viene tan definida por las lenguas, sino entre el cristiano y el no cristiano. Disponemos de datos muy curiosos, como el hecho de que Cámar, la protagonista modélica en amor del *Curial*, que es mora y enseña su lengua a este caballero —quien a su vez le traduce y comenta la *Eneida*—, adopta y pregona el nombre cristiano de «Joana», antes de tirarse desde una torre.

Quizás es momento de distinguir aquí que la sombra del clasicismo en este pasaje no se da sólo en el argumento —pues ella está corrigiendo los errores históricos acerca de Dido, que ya había señalado Petrarca—, sino que también se aprecia en el concepto de heroicidad de los clásicos, pues su muerte ejemplar es un valeroso suicidio. Es decir, ya han llegado los nuevos aires que se habían comenzado a respirar en Italia y que solemos denominar como humanistas.

Éstos se habían introducido en la Cancillería de Barcelona, a finales del siglo xiv, donde observamos no sólo la apropiación del latín sino la admiración por el griego. Precioso testimonio tenemos en una carta en aragonés, de Juan I, de 1390, dirigida a García Fernández de Heredia —sobrino del famoso Maestre de Rodas—:

«después que vos sodes partido de nos, havemos deprendido de letra greguescha, e assin quando nos hayamos descrivir, si querredes, scrivir nos en aquella, que bien la entendremos».

El rey presume, pues, de saber aquella lengua clásica.

Las letras catalanas van a dejar bajo la sombra innovadora del Humanismo obras muy valiosas, tanto por su precocidad como por su calidad, aunque su fecundación por las letras clásicas es bastante fugaz y no pasará de un siglo.

De esta Edad Media vamos a resumir un par de reflexiones: una, resaltar el caso Lull y en una doble faceta, por un lado por su doble apreciación respecto al latín, como factor separador y unitivo; y sobre todo por otro, por considerar la lengua como vehículo de aproximación humana, lo que explica no sólo su producción trilingüe —latina, árabe y catalana— sino también la tan temprana creación científica y literaria en lengua vernácula, así como su aportación definitiva en la consolidación del catalán.

Y como segunda reflexión, que tanto la lengua franca de las crónicas como los caballeros tan europeos de las novelas caballerescas testimonian, desde las letras catalanas, un panorama que me atrevo a denominar en expresión de nuestros días de plurilingüismo normalizado entre la cristiandad.

Resiguiendo el hilo cronológico vamos ya hacia las letras modernas y entramos en ellas de la mano de Felipe de Malla. Este teólogo, que acusa bastante tímidamente el cambio de los tiempos, es decir sigue la moda humanista formalmente pero es sin embargo muy medievalizante, recurre al personaje de la Sibila para dirigirse a un auditorio alegórico de figuras religiosas y bíblicas, cuya universalidad engloba cuatro lenguas:

«O quatre studis de quatre parts del món, francès, ytalià, spanyol e anglès, figurats per los quatre flums exints de paradís terrenal...»

Porque, sin darle ningún viso profético, esta frase nos ha expuesto el cambio lingüístico y van a ser éstas las cuatro nuevas caudalosas lenguas que van a afectar a las letras catalanas modernas. Ya que si la modernidad la han bebido a través de las obras de los trecentistas italianos, el español va a ser definitivamente la lengua en convivencia a partir de entonces, y el francés va a ser omnipresente en los siglos XVIII y XIX, presencia que irá cediendo progresivamente en el XX a favor del inglés.

La actitud literaria entre el siglo XVI y el XVIII es de franca imitación, siendo las letras catalanas miméticas de las españolas o también de las francesas; casos llamativos son el del conocido como el rector de Vallfogona, buen adaptador del Barroco español, o bien la creación de la Academia, en Barcelona en 1700, a imitación de la lengua francesa.

Como detalle significativo de peculiaridad en cuanto a nuestra temática, podemos destacar, por ejemplo, que la principal producción literaria neoclásica en catalán se dio en Menorca, entonces bajo dominación inglesa, pero la influencia que se recibía lógicamente era de la moda francesa. Cabe citar a Joan Ramis y su tragedia al más puro estilo de los cánones clasicistas galos, *Lucrècia*. Pero de todos modos, al margen de lo que tenga de curiosidad, en este período seguimos dentro de la perspectiva general de las lenguas románicas y sus ondas de influencia.

El Romanticismo, que dará lugar a la próxima singladura de interés, pues provocará el renacer del siglo XIX, tiene también importantes connotaciones lingüísticas, puesto que según sea la apertura al influjo inglés o alemán se dibujarán las corrientes literarias: la liberal conservadora a la sombra de Walter Scott y la romántica liberal a la de Dumas y Victor Hugo.

Pero la literatura catalana decimonónica, a pesar del sello europeo romántico y sus contactos, no secunda una moda sino que entra en un juego dialogado de iniciativa y respuesta, dado que la Renaixença, presentará vivas aristas fronterizas, que no son sólo epidérmicas. Y así, en el momento de máxima afirmación de la identidad catalana, en la Renaixença, hay que tener en cuenta que Oller, el gran recreador de la narrativa, se cartea con Zola y con Pérez Galdós; o sea que mantiene su personalidad y su naturalismo es muy sui generis, aunque no está aislado respecto a las letras francesas y españolas.

Por otro lado, el dramaturgo del momento, Guimerà, siempre está proyectado al mestizaje en sus ambientaciones, que van de los romanos al Languedoc. Y sobre todo y en justicia hay que recordar que Verdaguer, el más apegado a las esencias tradicionales catalanas, es quien deja el principal canto épico de la hispanidad en la *Atlàntida*.

La Renaixença, pues, nos muestra una relación abierta con las lenguas en proximidad; otra cosa será la literatura masiva adocenada, como la de los Juegos Florales, de signo exclusivamente patriótico y hoy prácticamente arrinconada.

De todos modos, se considera que es el Modernismo el que contacta a estas letras definitivamente con el ritmo europeo y que se dará un gran paso con el racionalismo de los novecentistas. Así como los vanguardismos literarios —Dalí como autor entre ellos— vibran ya al unísono en la literatura occidental.

En el ecléctico siglo XX podríamos dar como puntos extremos la narrativa que alcanza fronteras exóticas, como *Paraísos oceànics* (1930) de

Aurora Bertrana. O en otro sentido y en nuestros días, la de Carme Riera, quien, desde los años 70, traduce su propia producción al español o la da en las dos lenguas. O bien la obra de dos autores importantes, Carner y Calders, donde hay firme huella de esta lengua pero a través del estigma de México. Sólo por dar unas muestras dispares.

Capítulo interesante es la literatura del exilio, enfoque con el que el profesor Ricard Salvat estudia el teatro catalán de la segunda mitad del siglo, refiriéndose tanto al exilio externo como al interno. Todos ellos son textos que se hallan en la frontera lingüística y cultural.

En su conjunto, en la actualidad, creo que la literatura catalana no marca, a pesar de la diferenciación lingüística, una frontera diferenciadora con las otras lenguas hispánicas. De hecho, con la panorámica de los tiempos se absorberá conjuntamente este periodo en grandes coordenadas, como hemos visto con el romanticismo, naturalismo, etc.

Cerramos a modo de reflexión sobre este apartado de las letras modernas con algo que es sabido como normal, pero en lo que quizás conviene insistir: Las letras catalanas en este periodo responden al contexto hispánico y al concierto europeo, en el que cuesta hallar un momento de creación literaria considerable en el que no se entrecruzan las situaciones lingüísticas. Pero cabe hacer hincapié en desmitificar que la literatura catalana decimonónica sea una literatura estéril o que la *Renaixença* se reduzca a un movimiento literario de ensimismamiento; tengamos presente que dio paso al Modernismo, al Novecentismo y al Vanguardismo, de signo tan europeizante. Es curioso observar al respecto que se negó en algún momento el Humanismo catalán porque no dio un Renacimiento, mientras que la *Renaixença*, que ha dado lugar con su superación a una apertura y a un gran siglo XX, se haya relegado a veces como provinciana.

Es decir, las letras catalanas hoy no difieren del panorama románico. Cuando encuentro una verdadera distinción es en el gran momento de estas letras: en la Edad Media, pero en los orígenes del paso a la modernidad. Por ello dijimos al principio que volveríamos al Medievo. Y por ello, nos vamos a centrar en dos aspectos que me parecen de considerable relieve.

Muy especialmente me invita a hacerlo el título de esta sesión: la relatividad de las fronteras lingüísticas. Pues si el plurilingüismo es el enfoque que he mantenido, la relatividad en cuanto a las fronteras lingüísticas, en el cual se enmarca toda esta aportación, se cumple en dos casos de una manera muy intensa y singular a la vez. Por lo que voy a insistir en lo que considero que son dos novedades de las letras catalanas en cuanto al radio de acción de este Seminario.

Tengo que remitir en primer lugar a un artículo del profesor de Filosofía de la Universidad de Frigurgo, Fernando Domínguez Reboiras, *La España medieval, frontera de la Cristiandad*, donde recoge las teorías del sueco Sverker Arnoldson, interpretadas después por Pierre Chaunu, quienes parten de que: «En el marco de una visión francogermánica de la cultura medieval juega el área geográfica del Mediterráneo occidental un papel secundario.» El artículo es lúcido para nosotros por la idea de las fronteras, así como por contextualizar y oponer la cultura hispánica frente a la europea por su riqueza de contacto lingüístico y cultural en la Edad Media:

«Curiosamente se va dibujando en la historiografía centroeuropea de los últimos decenios otra imagen extrema de España como un ejemplo jamás repetido de tolerancia y convivencia de las tres religiones del área mediterránea: judaísmo, cristianismo e islam».

Es sabido que las crónicas eran testimonio precioso de esta situación de frontera, frontera que en los estados hispanos presenta una muy peculiar movilidad y valoran tanto los historiadores. Así como también las novelas caballerescas eran valioso testigo de la hibridación cultural, especialmente con los árabes. Pero observamos además —como también se observa en el trabajo que acabamos de citar— que es evidentemente el caso Llull el que destaca claramente por su inédita superación de las fronteras culturales, en actitud paradigmática quizás en este aspecto.

Pues la manera de afrontar Llull esta frontera real y mental, de triple filo, presenta un sello originalísimo. Ya que el primer pensador y escritor en lengua catalana, supera esas fronteras desde una perspectiva revolucionaria y, aún hoy, signo de modernidad.

Las tres fronteras culturales, entonces claramente definidas alrededor de las tres grandes religiones monoteístas, se agotaban en inútiles debates, tan estereotipados que ni se atienden desde un enfoque literario. Sin embargo, una obra luliana, una de las primeras pues se data hacia 1274, el *Libre del gentil e los tres savis*, supuso una gran novedad por el hecho de contemplar estas fronteras culturales en una actitud de diálogo. No se trata de un diálogo literario al estilo clasicista, que aúna filosofía y retórica, como veremos posteriormente con el diálogo humanista, pues el cuerpo central de la obra es un debate; pero el prólogo y epílogo de aquel debate presentan una gran fuerza poética, y el almacén contenido en tan bello envolvente literario, se distingue de todos los de su época por el carácter de objetividad predominante en la discusión.

Cabe recordar que esta obra constituyó la primera versión luliana al castellano (1378), que se tradujo al latín en Burgos y posiblemente sea su obra más conocida en el ámbito de la Corona de Castilla, que en aquel siglo acusó fuerte influencia del lulismo. Sus huellas se reconocen en el *Libro de Gonzalo Morante*, que trata también del diálogo entre religiones y cuya recepción fiel del sentido luliano ha servido precisamente para reforzar el carácter ético-filosófico y pedagógico de aquella obra luliana, por encima del que se le venía dando como apologético. En ambas obras —castellana y catalana— prepondera la necesidad dialogadora, por encima de las posiciones divergentes y las dos encierran un muy precoz síntoma de agnosticismo moderno. Pues revelan que el gentil luliano, sinónimo de pagano, era el verdadero extraño, enajenado o perseguido en nuestras sociedades medievales, más allá de la diferenciación lingüística.

Aquel libro de Llull consiste en la exposición de los argumentos de tres sabios de las tres grandes religiones para convencer al gentil. Pero, al acabar, no se nos da la solución y los sabios no declaran la superioridad de ninguna ideología a fin de poder seguir ellos dialogando; ya que si se pronuncian, se agotará su búsqueda de la verdad. Y este final sincopado, al no imponerse la excelencia de la verdad cristiana, es chocante incluso enfrentándolo a diálogos muy posteriores, los renacentistas, que con talante didáctico pretenderán dominar desde un terreno determinado.

No hay referencias lingüísticas en este caso por parte del autor que escribía en las tres lenguas —catalán, latín y árabe—, pero en el ámbito de encuentro de culturas es algo inaudito, no sólo la adaptación de un método a la actitud de diálogo, que se somete a unas auténticas reglas de respeto, sino la prolongación que hacen los sabios de la vía dialogística, en una especie de brainstorming, posponiendo su apostolado a haber alcanzado la concordia.

Coherentemente, Llull estableció las claves de su filosofía en corrientes y estilos cercanos al pensamiento de sus oponentes, en los sufíes o en modos de expresión musulmanes.

Para valorarlo no lo opondremos a un representante de la mentalidad más tradicional, como podría ser un san Vicente Ferrer, sino a Eiximenis, ya tocado de aires modernos y más de un siglo posterior, quien afirma la licitud de hablar con los paganos, siempre que se haga para convertirlos:

«llegut és a crestià parlar ab pagans, sarrains e ab heretges e ab jueus, e ab tots altres infels, per intenció de convertir-los e de tirar-los a veritat» (*Lo crestià*, capítulo 835).

Sencillamente Lull es un caso extraordinario y no sólo de estas letras. Es un magnífico representante de lo que encabeza esta sesión: la relatividad de las fronteras lingüísticas.

Y que ello no es un punto de vista personal, nos lo ofrece el que hoy se le considere un precedente de actitudes que están conformando la Europa actual, actitudes que, más allá de lo lingüístico avalan, por ejemplo, un Derrida, y que una profesora de la UNED, la profesora Paloma García Picazo, ha desarrollado —desde especialidades no filológicas, en relación con las Ciencias Políticas— respecto a Lull.

La segunda y última escala va a ser ya en el Humanismo, con la figura de Bernat Metge, autor del primer diálogo clasicista de nuestra Península, *Lo somni* (1399). En esta obra, Metge conjuga obras de las distintas tradiciones, la cristiana, con gran protagonismo del trecentismo italiano, de la hebraica y de la clásica, en un espléndido sincretismo, donde no nos extrañará reconocer la influencia del *Libre del gentil* luliano.

Pero si me refiero a este humanista en el punto de la relatividad de las fronteras lingüísticas es, no tanto por esta feliz conjugación, sino por lo siguiente: porque emplea un lenguaje con el que se entendían autores de épocas muy dispares, lenguaje que está al margen de la temporalidad, como había introducido Petrarca, quien escribe a Cicerón en sus cartas *Familiares*; pues los libros son su verdadero interlocutor y entran así en un juego exquisito de mutuo entendimiento atemporal a través de los textos.

«Estant a mi, l'altre jorn, ab gran repòs e tranquilant de la pensa en lo meu diversori, en lo qual acustum star quant desig ésser bé acompanyat —no pas dels homes que avuy viuen, car pocs de ells saben acompanyar, mas dels morts, qui els han sobrepujats en virtut, ciència, gran indústria e alt enginy, e jamay no desemparen aquells qui volen ab ells comersar...» (*Apología*).

Metge, clandestinamente, dada una muy conflictiva situación a causa de su ideología avanzada y el cambio de manos del poder, tras la muerte del rey amigo humanista —quien vimos que alardeaba de saber griego—, y dada la presión de la nueva camarilla real de mentalidad anticuada, esconde bien sus contenidos por medio de un juego artístico de fuentes literarias. A través de ellas se reconocen en su diálogo textos de Cicerón o de Séneca, y nos encontramos a Boccaccio y a Petrarca, especialmente a aquél en lo referente a escribir mirando a una utilidad en un futuro:

<p>«Io mi credo che assai leggiermente potremo vedere <i>gli antichi poeti avere imitate, tanto quanto a lo 'ngegno umano è possibile</i>, le vestigie dello Spirito Santo; il quale, sì come noi nella divina Scrittura veggiamo, per la bocca di molti i suo' altissimi secreti rivelò <i>a' futuri</i>, faccendo loro sotto velame parlare ciò che a debito tempo per opera, senza alcuno velo, intendeva di dimostrare» (<i>Trattatello in laude di Dante</i>, Boccaccio).</p>	<p>«<i>E molts philòsofs e poetas se són acostats assats a la veritat en quant humanal enginy ho pot comprendre</i>. (...) Per tal com seran certs de moltes cosas en què no solament alguns d'ells dubten, mas la major part dels hòmens, e signantment ignorants, dels quals és gran multitut en lo món. E si en scrits ho volies metre, ja se'n seguiria major proffit <i>en lo temps esdevenidor</i> a molts, de què hauries gran mèrit» (<i>Lo somni</i>, Bernat Metge).</p>
--	---

Metge no tiene más frontera que la espacio-temporal, la cual, por medio de su obra, supera. Escribe en un lenguaje exquisito para quien lo pueda entender. Su actitud de diálogo, más allá aún del género desusado entonces y que rescata impecablemente de la Antigüedad, tiene importancia por entrar en la dinámica que convierte el texto en una conversación secreta con el lector. Algo que desde la teoría de la recepción literaria y los estudios sobre la audiencia está de moda en nuestros días.

Y si ya comentó Hvizinga que las epístolas petrarquescas se hacían cara a la galería y eran muy medievales todavía, Metge no sale de la confidencialidad, en un lenguaje casi cifrado y culturalista.

Como notario real conocía bien el latín, pero escoge el catalán para su obra maestra —que lógicamente dominaba mucho mejor, como bien nos hace ver el profesor Batllori—, avanzándose a la apuesta humanista por las lenguas vulgares. Y lo hace en una obra en la que doblemente no hay fronteras lingüísticas, pues si por un lado asume las distintas fuentes de distintas culturas en función de sus contenidos y de un modo armónico, es sobre todo un diálogo que tropieza o limita con el recóndito lector en una nueva dimensión, en la que sintoniza con los autores antiguos.

Nos hallamos, pues, otra vez, con un diálogo abierto, pero no en lo geográfico o espacial, como Llull, sino en la dimensión temporal, como iniciaran los trecentistas, quienes lo habían aprendido de los clásicos. Y ya no se trata de fronteras con gentiles o extraños como en el caso luliano; se trata del yo y el otro. Es decir, la alteridad, tema así mismo de la máxima mo-

derinidad. Que se introducía en nuestras latitudes en este diálogo, pero no sólo por pertenecer a este género de un modo formal —repito— sino por la misma concepción del texto.

Obtengo todavía dos reflexiones de esta segunda parte, en la que me he referido a estos dos casos que me he atrevido a calificar de singulares:

1) Afirmación de la trascendencia de la figura de Llull en lo que a fronteras lingüísticas y culturales se refiere, de quien destacamos una obra, el *Libre del gentil*, por la validez de sus planteamientos y actitudes.

2) Quede planteada la vía de los humanistas, como superadores de la principal frontera en cuanto a la comunicación, más allá del hecho lingüístico. Aquí destacamos a Bernat Metge.

Concluimos, pues, que si el plurilingüismo se ha proyectado en muchas obras en catalán y en casi todas las etapas, aquella primera actitud luliana había que destacarla por su singularidad. Así como, por otro lado, hay que hacer constar que la vía iniciada por Metge es la que ha generado las —quizás— mejores obras en lengua catalana, en el tránsito de los siglos XIV y XV, en los inicios de la restauración de los géneros (el diálogo, la poesía y la novela, en concreto aquí la caballerescas).

Y si los rasgos generales que vimos en la primera parte pueden responder al panorama general de las lenguas románicas, tanto en la Edad Media como en la Moderna, estos dos casos de plurilingüismo y pluriculturalismo, en las raíces y orígenes del Humanismo uno y otro, merecían destacarse por su singularidad. Pues apuntan, uno, a aspectos dialogísticos en profundidad y el otro, al arte mismo desde el lenguaje.

Por ello, insisto en remitir a la Edad Media y ya lo tengo como tópico el acabar recomendando estudiar, valorar, etc. estos orígenes del Humanismo en la Corona de Aragón dentro del contexto hispánico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BATLLORI, M.: *De l'Humanisme i del Renaixement*, V, *Obra completa*, ed. Tres i Quatre, Valencia, 1995.
- : *Obra completa*, II, *Ramon Llull i el lul.lisme*, ed. Tres i Quatre, Valencia, 1993.
- BONNER, A.: *La situación del «Libre del gentil» dentro de la enseñanza luliana en Miramar*, «Estudios Lulianos», XXII (1978), 48-55.
- BURNS, R. I.: *Jaume I i els valencians del segle XIII*, Tres i Quatre, Valencia, 1981.

- BUTIÑÁ, J.: *En los orígenes del Humanismo: Bernat Metge*, UNED, Madrid, 2002.
- : 600 anys de «Lo somni», el primer diàleg humanístic de la Península, «Revista de Filología Románica», XVII (2000), pp. 295-317.
- : *Tras los orígenes del Humanismo: El «Curial e Güelfa»*, UNED, Madrid, 3.^a ed. 2001.
- (coord.): *Literatura Catalana*, I-III, UNED, Madrid, 1997-1999.
- : *No busquem Llull entre els savis*, «Revista de L'Alguer» VI (1995), pp. 215-228.
- : *Acerca del lulismo castellano*, «A Distancia» (otoño 1995), pp. 51-54.
- DOMÍNGUEZ REBOIRAS, F.: *La España medieval, frontera de la Cristiandad*, en *Cristianismo y Europa ante el tercer milenio*, «Bibliotheca Salmanticensis. Estudios», 196, Salamanca, 1998, 75-88.
- EIXIMENIS, F.: *Lo crestià*, «Les Millors Obres de la Literatura Catalana» 98, ed. a cargo de Albert Hauf, ed. 62, Barcelona, 1983.
- GARCÍA PICAZO, P.: *Diálogo cultural vs. dialéctica política: La dimensión intercultural en el pensamiento internacional del Mediterráneo*, en *Actas de las XVII Jornadas de la Asociación Española de Profesores de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales*, BOE, Madrid, 1999, pp. 245-259.
- HVIZINGA, J.: *El otoño de la Edad Media*, Revista de Occidente, 5.^a ed. Madrid, 1961.
- LLULL, R.: *Libre del gentil e los tres savis*, ed. de A. Bonner, Palma de Mallorca, 1993.
- MARTINELL, E. (coord.): *La conciencia lingüística en Europa. Testimonios de situaciones de convivencia de lenguas (ss. XII-XVIII)*, PPU, Barcelona, 1996. (Las letras catalanas en pp. 79-134).
- : *Corpus de testimonios de convivencia lingüística (ss. XII-XVIII)*, ed. Reichenberg, Kassel, 2000.
- METGE, Bernat: *Obras de Bernat Metge*, ed. a cargo de Martín de Riquer, Universidad de Barcelona, 1959.
- PERARNAU, J.: *El diàleg entre religions en el lulisme castellà medieval*, «Estudios Lulianos», XXI (1977).
- RIBERA, J.: *Una altra lectura de Ramon de Perellós prèvia al seu viatge*, «Revista de L'Alguer», VIII y IX, 1997-1998, 233-251 y 273-289, respectivamente.
- SALVAT, R.: *El teatro catalán entre 1939 y 1999*, en *Literatura Catalana III. Siglo XX*, coord. por J. Butiñá, UNED, Madrid, 1999, pp. 425-467.